

La Salguerosina
Gonzalo Barrena
(Columna publicada en el semanario El Fielato)

Dicen los más entendidos que las vacas del puerto pacen de manera diferente. Que no envuelven el haz de *vallicu* porque en las camperas sólo hay *braña*, ese verde apretado de cuerpo y color que generan las vegas altas.

En estación, las bocas del ganado son jardineras; y son ellas las que definen desde hace más de seis mil años el paisaje que hace mella en los poetas. Hesíodo, Virgilio, El Arcipreste y la legión de románticos que vino después, con un tiempo para escribir que nunca tuvieron los pastores, insistieron en la escena: un paisaje que fabrican los que pacen, que caltienen los paisanos después y que retrocede vertiginosamente en toda la cordillera.

La Salguerosina es un medallón de pastura cantábrica, al alza de Ventaniella y al sur, que padece ese abandono. Un amigo caminador que conoce cómo son los jardines de Oriente dice que es difícil igualarla en belleza y paz. O lo era, porque las hayas comidas y recomidas por los rebaños ya ausentes, si no los carrascos, contraatacan cegando el suelo de la veguina y su biodiversidad. Las *blimas* que dieron cestos a cientos, con su corteza salicílica (que comparte nombre y efectos con la aspirina), también se retirarán.

Y así, en poco tiempo se cortará el paso del caminante, del pastor, de la res y del ciervo. Los jabalíes, que serán los últimos en pasar, apagarán la luz del claro, y el ecologista asturiano, obcecado y fatal, seguirá confundiendo el matorral con una forma de paraíso. Todo ello en pleno concejo de Ponga, bautizado ya va para diez años como Parque Natural.